

**WERNER HERZOG**

**Conquista de lo inútil**



FITZCARRALDO *¡Por el chef de sus perros!  
¡Por Verdi! ¡Por Rossini! ¡Por Caruso!*

DON ARAUJO *¡Por Fitzcarraldo, conquistador de lo inútil!*

FITZCARRALDO *¡Tan cierto como que estoy aquí!  
¡Algún día traeré una ópera grandiosa a la selva!  
¡Soy... mayoría!  
¡Soy los billones!  
¡Soy el teatro en la selva! ¡Soy el inventor  
del caucho!  
¡Sólo a través de mí el caucho se hace palabra!*

Diálogo de la película *Fitzcarraldo*

## Prólogo

Por motivos que desconozco, durante largo tiempo no me fue posible siquiera leer el diario que había escrito durante el rodaje de *Fitzcarraldo*. Hoy, veinticuatro años más tarde, soy capaz de emprender su lectura, aun cuando no ha sido sencillo descifrar mi propia letra, que entonces tenía un tamaño microscópico.

Estos textos no son un informe de rodaje —éste apenas se menciona—, y son un diario sólo en el sentido más amplio. Se trata de otra cosa: más bien paisajes interiores, nacidos del delirio de la selva. Pero tampoco de eso estoy seguro.

W. H.  
Enero de 2004

## Introducción

Con la desquiciada furia de un perro que ha hincado los dientes en la pierna de un ciervo ya muerto y tira del animal caído hasta el extremo de que el cazador abandona todo intento de calmarlo, se apoderó de mí una visión: la imagen de un enorme barco de vapor en una montaña. El barco que, gracias al vapor y por su propia fuerza, remonta serpenteando una pendiente empinada en la jungla, y por encima de una naturaleza que aniquila a los quejumbrosos y a los fuertes con igual ferocidad, suena la voz de Caruso, que acalla todo dolor y todo chillido de los animales de la selva y extingue el canto de los pájaros. Mejor dicho: los gritos de los pájaros, porque en este paisaje inacabado y abandonado por Dios en un arrebatado de ira, los pájaros no cantan, sino que gritan de dolor, y árboles enmarañados se pelean entre sí con sus garras de gigantes, de horizonte a horizonte, entre las brumas de una creación que no llegó a completarse. Jadeantes de niebla y agotados, los árboles se yerguen en este mundo irreal, en una miseria irreal; y yo, como en la *stanza* de un poema en una lengua extranjera que no entiendo, estoy allí, profundamente asustado.

*San Francisco, 16 | 6 | 1979*

Casa de Coppola en Broadway. Fuera, un viento muy fuerte sacude con violencia los arbustos de laurel. Los veleros en la bahía se inclinan por completo; las olas están afiladas, inquietas. Desde Alcatraz, el faro manda señales en pleno día. *Ninguno* de mis amigos está aquí. Cuesta acometer este trabajo, esta enorme carga de sueños. Sólo los libros dan algún consuelo.

Arriba, en una esquina de la casa, hay una pequeña torre destinada ingenuamente a la meditación. Es tan luminosa que sólo me atrevo a asomarme un minuto cada vez, luego siento el impulso de marcharme. He puesto la pequeña mesa contra la única pared, el resto son ventanas por las que entra una luz enloquecida, y en la pared he dibujado con regla y lápiz afilado una retícula de precisión matemática. Eso es todo lo que veo: el punto donde las líneas se cruzan. Trabajo en el guión con furia y urgencia. Queda poco más de una semana para mirar fija y desquiciadamente ese punto único.

El aire está fresco, casi frío. El viento golpea de tal forma contra los cristales que pierdo de vista el punto frente a mí y me doy la vuelta directamente hacia la luz, tan filosamente clara que me duelen los ojos. Los puntos diminutos que se mue-

ven sobre el puente Golden Gate son coches. Tampoco la oficina de correos al pie de la colina sirve de refugio. De regreso, subiendo el camino empinado me alcanzan las hojas secas que vuelan con el viento. Es el final de la primavera, pero entre las hojas caídas hay amarillas y rojas. El viento las hace avanzar delante de mí por la colina de piedra, y cuando llego a la cima el puño del vacío se las ha llevado. Una vez más, y como un escalofrío, a pesar de mis intentos de defenderme, tengo la certeza de hallarme en la estrofa de un poema ajeno, y me sacude de tal forma que miro alrededor furtivamente para comprobar si alguien me ha visto. La colina se ha convertido en un enigmático monumento de cemento, y eso ha hecho que hasta ella se asuste de sí misma.

*San Francisco, 17|6|79*

El padre de Coppola me ha hecho escuchar una grabación de su ópera. Cuando la oye, adquiere una expresión más marcada, severa, inteligente, muy poco característica en él.

*San Francisco, 18|6|79*

Télex de Walter Saxer desde Iquitos. El asunto pinta bastante bien, sólo que en poco tiempo podría venirse todo abajo. Somos como trabajadores de rostro serio y confiado que construyeran un puente sobre un abismo, pero sin pilares. Hoy he tenido una larga conversación informal con el productor de Coppola, que entre un batido y una hamburguesa ha querido hacerme creer que se haría cargo del destino del proyecto. Le he dado las gracias. Me ha preguntado: sí, gracias, o no, gracias. Le he dicho: no, gracias. Coppola aún no se recupera del todo

de la operación de hernia. En él se mezclan de forma singular el lamento quejumbroso, la necesidad de protección, el trabajo profesional y el sentimentalismo. La oficina del séptimo piso ha intentado febrilmente conseguir una cama de hospital para la sala de montaje y otra para transportar y colocar donde haga falta. A Coppola no le han gustado las almohadas; se ha pasado la tarde quejándose de las que afanosamente le traen y las ha rechazado todas.

### *Los Ángeles, 19-20 | 6 | 79*

Piso de los ejecutivos de la 20th Century Fox. Resulta que todavía no hay contactos sustanciales entre los franceses de Gaumont y la Fox. Además, aquí se da por sentado que subiremos un barquito de plástico por una colina en algún estudio de cine, tal vez incluso en un jardín botánico que no esté muy lejos, por qué no San Diego, allí hay invernaderos con *buenas* plantas tropicales. He preguntado cuáles son entonces las malas plantas tropicales y he agregado que más bien se da por sentado que será un verdadero barco de vapor sobre una montaña de verdad, pero no por una cuestión de realismo sino por la característica estilización de las grandes óperas. A partir de ese momento, las palabras cordiales que hemos intercambiado se han cubierto de una fina capa de gélida escarcha.

Por la tarde he ido al cine donde Les Blank ha cocinado para el público de sus películas. Él usa el término «smell-around» para definir estas performances. Por primera vez he visto los tatuajes que tiene en el brazo, dos máscaras con cintas: la muerte que ríe y la muerte que llora. No he podido ver la última película hasta el final porque mi avión partía a medianoche, un asunto tortuoso, con paradas en Phoenix, Tucson, San Antonio, Houston, Miami; las azafatas, que han tenido que

atender a un pasajero insoportable en primera clase, llaman al vuelo «milk run», ‘viaje rutinario’.

*Caracas, 21 | 6 | 79*

Nadie ha venido a buscarme. Nada más llegar me han confiscado el pasaporte porque no tenía visado, supuestamente me lo van a devolver a mi partida. Unos hombres con pinta de alemanes andaban expectantes por ahí y miraban fijamente a los recién llegados, pero no me he animado a hablarles.

*Caracas, 22 | 6 | 79*

Caracas, Hotel Ávila. He dormido mucho, al levantarme me he sentido un poco confundido. Debo de haber tenido unos sueños espantosos durante la noche, pero ya no me acuerdo. No hay agua, la verdad es que quería quedarme un buen rato bajo la ducha. Llevo el dinero de Janoud conmigo, tengo la sensación de que en el hotel lo robarán.

El encuentro con cineastas antes del mediodía ha sido animado. He visto una película mala y he puesto la mente casi en blanco. Caracas está como desquiciada por el crecimiento. Unos mosquitos malignos y diminutos me pican en los pies. Por la mañana ha llovido mucho, las montañas cubiertas de vegetación estaban hundidas en nubes neblinosas. Eso me ha hecho bien. Aquí no se puede confiar en los taxistas. No he comido nada en todo el día. En la exposición ponen ahora *Signos de vida*. Los guardias de la entrada se aburren. En los árboles un piar melancólico; he pensado que eran pájaros, pájaros nocturnos, pero no, son pequeñas ranas arbóreas, me dicen.

Un joven caraqueño que quiere hacer una película sobre el



poeta demente Rafael Ávila, apodado «Titán», me ha hablado de él y me ha dado algunos de sus poemas. Titán vivía en un pueblo cerca de Maracaibo, cantaba en bares y se volvió loco. En el cementerio hay un busto de él en escayola, con un gran bigote, rostro desfigurado y cabellos enmarañados. Alguien ha pintado de colores la barba y el pelo. En la lápida se lee:

Las vanidades del mundo,  
las grandezas del imperio  
se encierran en el profundo  
silencio del cementerio.

*Caracas, 24|6|79*

Cinco horas en el aeropuerto, rodeado de pasajeros histéricos porque el vuelo a Lima ha sido suspendido sin aducir motivos; el próximo vuelo sale en cuatro días. Eso me ha dado tiempo para indagar por mi pasaporte. No estaba donde se suponía, y sólo lo han encontrado de nuevo por una cadena de casualidades. Cómo he conseguido subir al vuelo con overbooking de Aeroperú es un enigma para mí. A mi lado se ha sentado una señora peruana muy guapa, que ostentaba su pertenencia a la oligarquía económica del país. Me ha dicho que hacía mucho calor y, al cabo de un rato, que hacía mucho frío. Durante la escala en Bogotá me ha dicho, me lo ha gritado, que hacía mucho calor, y en el avión me ha dicho que en Lima hacía mucho frío en esta época del año, que me haría falta una chaqueta más abrigada, y me lo ha dicho no tanto con un sentimiento de camaradería en un avión sofocante, sucio y sobrecargado, sino que ha usado conmigo el tono con el que reprendería a su jardinero o sus empleados domésticos.